

Europa Oriental donde el cosmopolitismo, el europeísmo, el occidentalismo no eran tan sólo frivolidad y esnobismo, sino que también representaban el anhelo, paradójicamente patriótico, de ubicarse a la altura de los países más avanzados.

Con respecto a la Argentina, mi propio país, debo recordar que, significativamente, nuestro mejor escritor, Sarmiento, encabezó su *Facundo*, la mejor obra que dio el continente, con un epígrafe que es una cita en francés de un autor inglés. Lucio Mansilla, escritor y hombre de acción, una especie de coronel Lawrence de las pampas, leía a Shakespeare en inglés en las treguas de las batallas y alternaba sus excursiones a las tolderías de los indios ranqueles con las tertulias en los salones del *faubourg* Saint Germain donde departía con Marcel Proust.

Hacia fines del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, Buenos Aires, a pesar de su desfavorable situación geográfica, llegó a constituirse en una rosa de los vientos, en un cruce de caminos de distintas lenguas, de distintas culturas, que aportaron las corrientes inmigratorias, a las que se sumaron luego los exiliados por las guerras y las persecuciones políticas en Europa. En esas condiciones únicas en el continente, la apertura a todas las ideas, el anhelo de asimilar el acervo de todo el mundo fue una actitud distintiva de su intelectualidad. La mezcla de lenguas, nacionalidades y creencias nos había hecho más abiertos y universales que los propios europeos. En épocas en que España entraba culturalmente en un cono de sombras bajo la censura de la dictadura franquista, algunos españoles exiliados en Buenos Aires, junto a argentinos como Victoria Ocampo, hicieron posible que la cultura universal contemporánea pudiera seguir siendo accesible al mundo de habla hispana, como lo han reconocido muchos escritores españoles que se formaron en los años de la inmediata posguerra. Asesorada por su amigo Ortega, Victoria Ocampo intentó, a su modo, hacer con *Sur* una labor similar a la de *Revista de Occidente*, reivindicando «nuestra universalidad irrenunciable, que es uno de los rasgos de los mejores argentinos», «esa pasión del Universo, ese sentirse exiliado si a uno lo privan de alguna parte de la tierra que ha sido característica de los más ilustres argentinos. La gran aptitud para comprender y gustar la literatura francesa, inglesa, italiana, rusa, alemana, etc., ha sido y es uno de nuestros rasgos nacionales». Victoria Ocampo no se limitó a ser una consumidora de esa cultura universal sino que también se convirtió en una de sus principales difusoras en español. Debe reconocerse que entre las lenguas neolatinas, tal vez la española haya sido la más generosa en traducir la literatura y el pensamiento de otras lenguas, algo que, lamentablemente, no ha sido recíproco.

Terminaré con una cita de quien, mejor que nadie, representó la vocación de universalidad en lengua española. Borges se preguntaba: «¿Cuál es la tradición argentina? Creo que podemos contestar fácilmente, es toda la cultura occidental y los habitantes de una y otra nación occidental. Creo también que tenemos derecho a esa tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una y otra nación occidental».



Emilio F. Baleito: *Cristóbal Colón* (1967)